

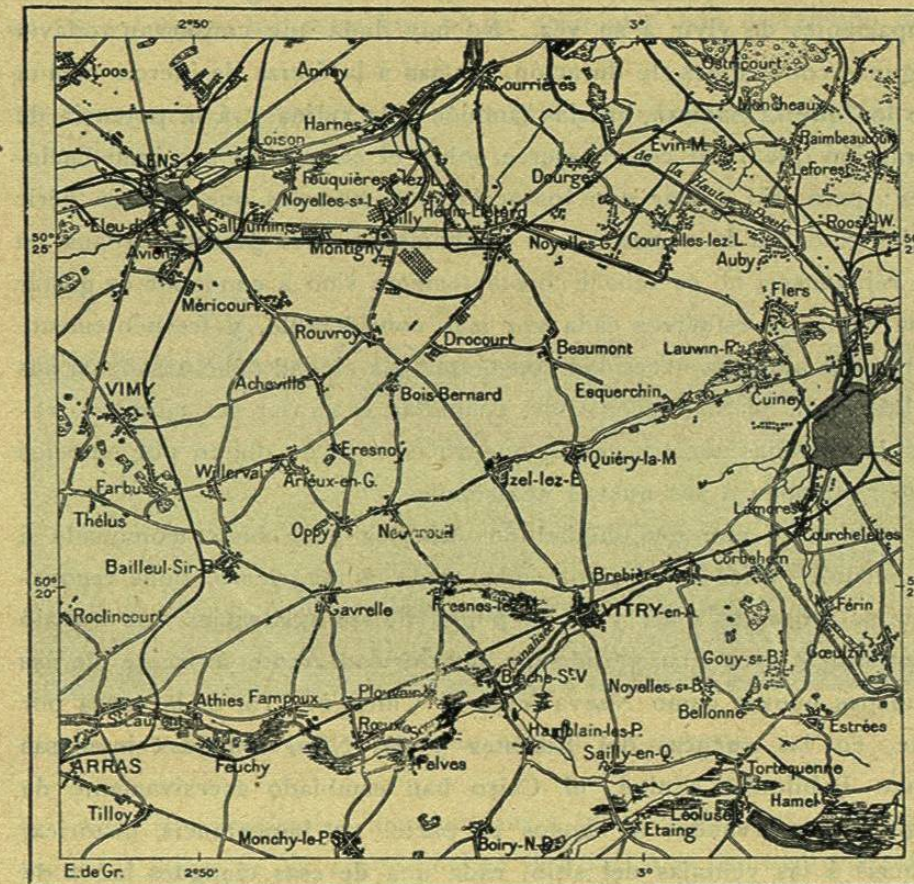
alegría, donde la menor construcción tiene un perfil original, donde las casas son alegres como los habitantes, de aspecto poético, añadiendo su propia vida á la del hombre. Por último, ¡cuántas ciudades de aspectos múltiples, donde cada clase social encuentra barrios que se le asemejan y en las que los siglos modifican muy lentamente la actitud y el lenguaje! ¡Cuántos lugares lamentables ante los cuales se querría llorar!

Los contrastes aparecen claramente en el modo de crecimiento que presenta cada ciudad. Según la importancia de la dirección de sus cambios por tierra, una proyecta sus suburbios como tentáculos á lo largo de los caminos; asimismo, la situada á la orilla de un río va prolongándose frente á los sitios de anclaje y de desembarco. Causa extrañeza la rara desigualdad que presentan dos barrios ribereños, que parecen tan bien situados uno como otro para la residencia del hombre: la causa de esta diferencia se explica por la dirección del movimiento fluvial. La plaza de Burdeos, por ejemplo, sugiere á primera vista la idea de que el verdadero centro del círculo habitado debería hallarse en la orilla derecha del río, en el sitio en que se elevan las casas del arrabal de La Bastida; pero el Garona, que describe una curva poderosa, inclina sus aguas vivas sobre los muelles de la orilla izquierda, y del lado por donde corre el verdadero río se establece también la actividad comercial, la actividad política: la población sigue la marcha de las aguas y se aleja de los bancos fangosos de la orilla derecha. El monopolio ha hecho el resto, apoderándose del arrabal estrechándolo entre rieles y barreras y afeándolo con depósitos y cobertizos.

Suele decirse que las ciudades tienen tendencia á crecer constantemente hacia el Oeste. Este hecho, que se comprueba en muchos casos, se explica muy bien en las comarcas de la Europa occidental y en las que tienen un clima análogo, puesto que en esos países sopla con más frecuencia el viento de Occidente, y los habitantes que se establecen en los barrios sueltos hacia el aire libre están menos expuestos á las enfermedades que los que viven en la parte opuesta de las ciudades, bajo un viento cargado de impurezas al pasar sobre las chimeneas, las alcantarillas y miles ó millones de personas humanas. Además, no ha de olvidarse que los

ricos, los ociosos, los artistas, que pueden gozar plenamente de la contemplación de los cielos, tienen más á menudo ocasión de admirar las bellezas del crepúsculo vespertino que las de la aurora: siguen inconscientemente el movimiento del sol en su dirección de Este á

N.º 490. Ciudades agrícolas é industriales.



1: 200 000
0 5 10 Kil.

Oeste, y á la caída de la tarde se complacen en verle descender en las nubes resplandecientes; pero ese crecimiento normal de las ciudades siguiendo la marcha del sol tiene muchas excepciones: la forma y el relieve del suelo, el atractivo de los sitios pintorescos, la dirección de las aguas corrientes, los barrios parasitarios originados por las necesidades de la industria y del comercio han desviado frecuente-

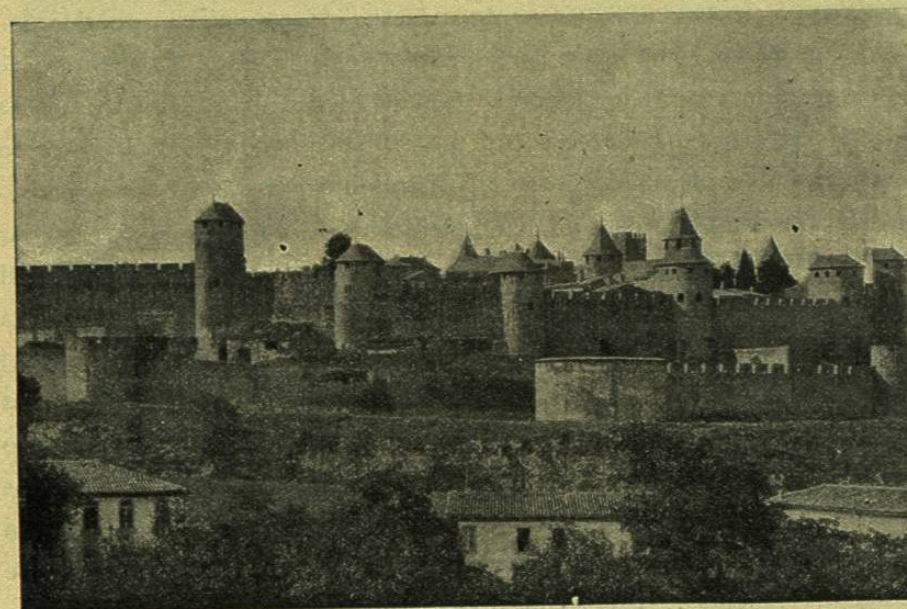
mente á los hombres de la riqueza y de la ociosidad hacia otras partes de las ciudades. Bruselas y Marsella son dos ejemplos de esta divergencia del tipo normal.

Por el hecho de su mismo desarrollo, la aglomeración urbana, como todos los organismos, tiende á morir. Obedeciendo á las condiciones del tiempo, ya se siente vieja cuando surgen otras ciudades impacientes de vivir á su vez. No hay duda que conservan todavía algunas condiciones de duración, gracias á la fuerza de inercia común de los que la habitan, gracias también á la rutina y á la potencia de atracción que todo centro ejerce sobre el círculo de sus inmediaciones; pero, sin contar con los accidentes mortales que pueden herir á las ciudades lo mismo que á los hombres, cada persona urbana no se rejuvenece, no se rehace constantemente sino á condición de gastar una suma de esfuerzos cada vez más considerable, y frecuentemente retrocede ante esa necesidad constante. La ciudad debe ensanchar sus calles y sus plazas, reconstruir, desplazar ó arrasar sus murallas, reemplazar viejas construcciones que ya carecen de objeto por edificios que respondan á sus nuevas necesidades.

En tanto que una ciudad de América nace bien acomodada á su medio, París, envejecido, embarazado y mugriento, debe reconstituirse todos los días, y en la pugna de las existencias, ese trabajo continuo le crea una grandísima inferioridad frente á frente de las ciudades nuevas como Nueva York y Chicago. Tal es la causa por que, en las cuencas del Eufrates y del Nilo, ciudades inmensas como Babilonia, Nínive, el Cairo han cambiado sucesivamente de lugar. Conservando, al menos en parte, su importancia histórica, gracias á las ventajas del sitio, cada una de esas ciudades había de abandonar sus barrios anticuados y alejarse, para evitar los escombros y, también con frecuencia, las pestilencias, procedentes de los montones de inmundicia: generalmente el puesto abandonado de las ciudades que se desplazan se ocupa por sepulcros.

Otras causas de muerte, más decisivas porque tienen por causa el mismo desarrollo de la historia, han herido á algunas ciudades antes famosas: circunstancias análogas á las que produjeron su creación hicieron su destrucción inevitable. El cambio de un camino ó de una encrucijada por otras vías más favorables puede suprimir re-

entinamente la ciudad que los transportes habían creado: Alejandría arruinó á Pelusa, Cartagena de las Indias entregó Puerto Bello á la soledad de los bosques. La atracción del comercio y la represión de la piratería cambiaron de lugar muchas ciudades edificadas sobre el litoral rocoso del Mediterráneo. Antes estaban suspendidas sobre ásperas colinas y se ceñían con espesas murallas para defenderse contra los señores y los corsarios; en la actualidad han descendido de



Cl. J. Kuhn, edit.

UNA PARTE DE LA CIUDAD ALTA DE CARCASSONNE

sus rocas y se extienden ampliamente á la orilla del mar: en todas partes el *borgo* se ha convertido en *marina*; á la Acrópolis sucede el Pireo.

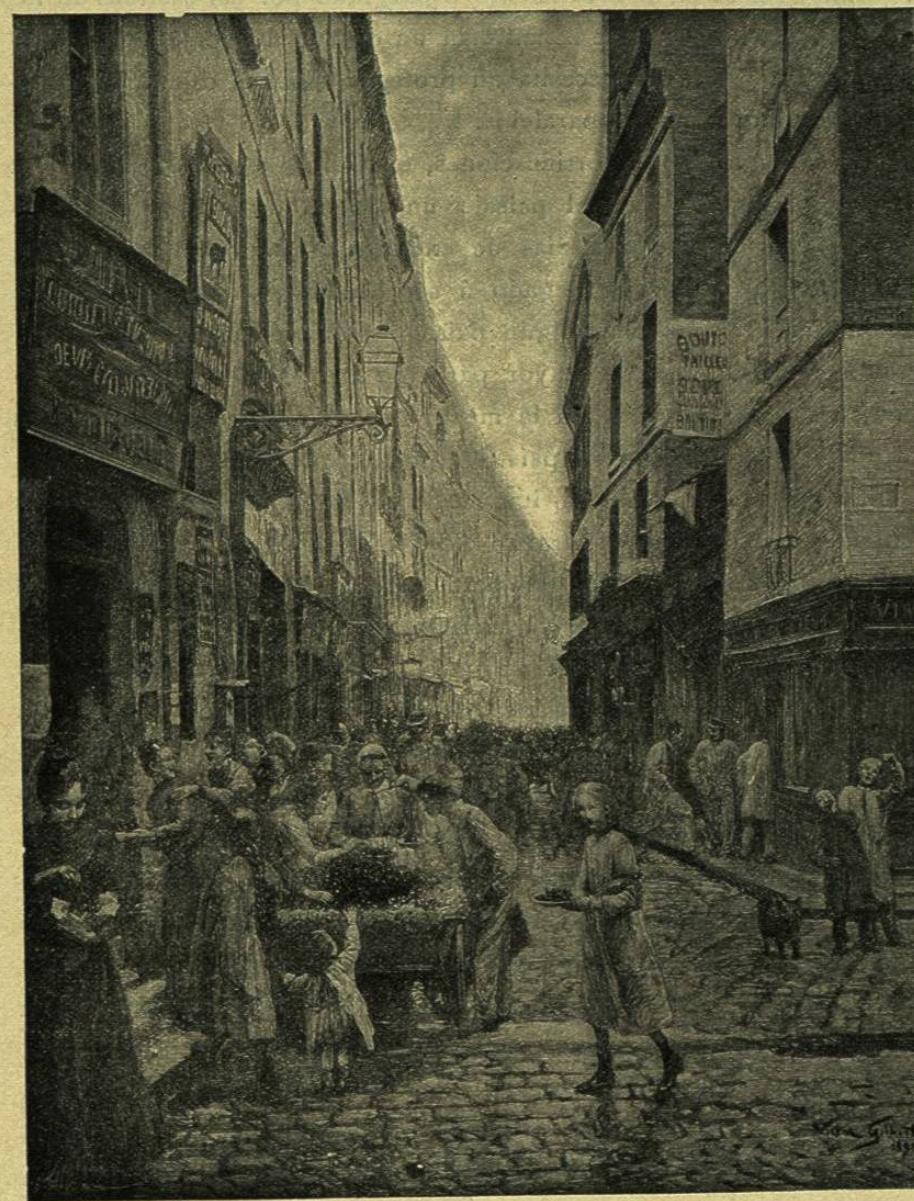
En nuestras sociedades autoritarias en que las instituciones políticas han solido dar á la voluntad de uno solo una influencia preponderante, ha ocurrido que el capricho de un soberano colocaba algunas ciudades en sitios donde no hubieran nacido espontáneamente; fundadas en lugares antinaturales, sólo se han desarrollado á costa de un enorme derroche de fuerzas vivas: así se edificaron con exagerados dispendios Madrid y Petersburgo, cuyas casitas rurales y aldeas primitivas, abandonadas á sí mismas, sin Carlos V ni Pedro I, jamás hubieran

llegado á ser ciudades populosas como lo son en el día. Sin embargo, aunque creadas por el despotismo, viven como si tuvieran un origen normal, debido al trabajo asociado de los hombres: aunque no destinadas por el relieve natural del suelo á ser centros, lo son, sin embargo, por la convergencia de los caminos, de los canales, de los ferrocarriles, de las correspondencias y de los cambios intelectuales; porque la geografía no es una cosa inmutable; se hace y se rehace todos los días; á cada instante se modifica por la acción del hombre.

Ya no se habla de César constructor de capitales; grandes capitalistas ó especuladores, presidentes de sindicatos financieros, le han sucedido como fundadores de ciudades. Vense construcciones erigidas en algunos meses sobre una extensión considerable, con un instrumental espléndido, un orden maravilloso, sin que falten escuelas, bibliotecas y museos. Si la elección de lugar es favorable, las nuevas creaciones entran vigorosamente en el movimiento general de la vida, y el Creusot, Crewe, Barrow-on-Furness, Denver, la Plata ocupan un lugar entre los centros de población; pero si el lugar ha sido mal escogido, las ciudades mueren con los intereses particulares que les dieron nacimiento: Cheyenne-City, habiendo cesado de ser la estación final de un ferrocarril, adelanta sus casitas sobre la línea férrea, y Carson-City desaparece cuando se agotan las minas de plata que agruparon los habitantes en aquel horrible desierto. Además, si el capricho del capital trata á veces de fundar ciudades que los intereses generales de la sociedad condenan á perecer, también destruyen numerosos grupos de poblaciones que conservan condiciones de vida. ¿No vemos en los grandes suburbios de algunas ciudades importantes que grandes banqueros y propietarios territoriales aumentan cada año su territorio en centenares de hectáreas, cambiando metódicamente los cultivos en plantaciones ó en parques de faisanes ó de caza mayor, arrasando aldeas y villas para poner en su lugar y á distancias proporcionales algunas casillas de guardas?

Entre las ciudades semi ó completamente ficticias y que no responden á las necesidades reales de las sociedades trabajadoras entregadas á sí mismas, han de contarse también las plazas de guerra, al menos las que hacen construir en nuestros días los grandes Estados

centralizados. Era muy diferente cuando la ciudad contenía toda la tribu ó formaba el núcleo natural de la nación; entonces necesitaba



PARÍS — LA HORA DE LA COMIDA, BARRIO DEL TEMPLE

Cuadro de V. Gilbert,

Cl. P. Sellier.

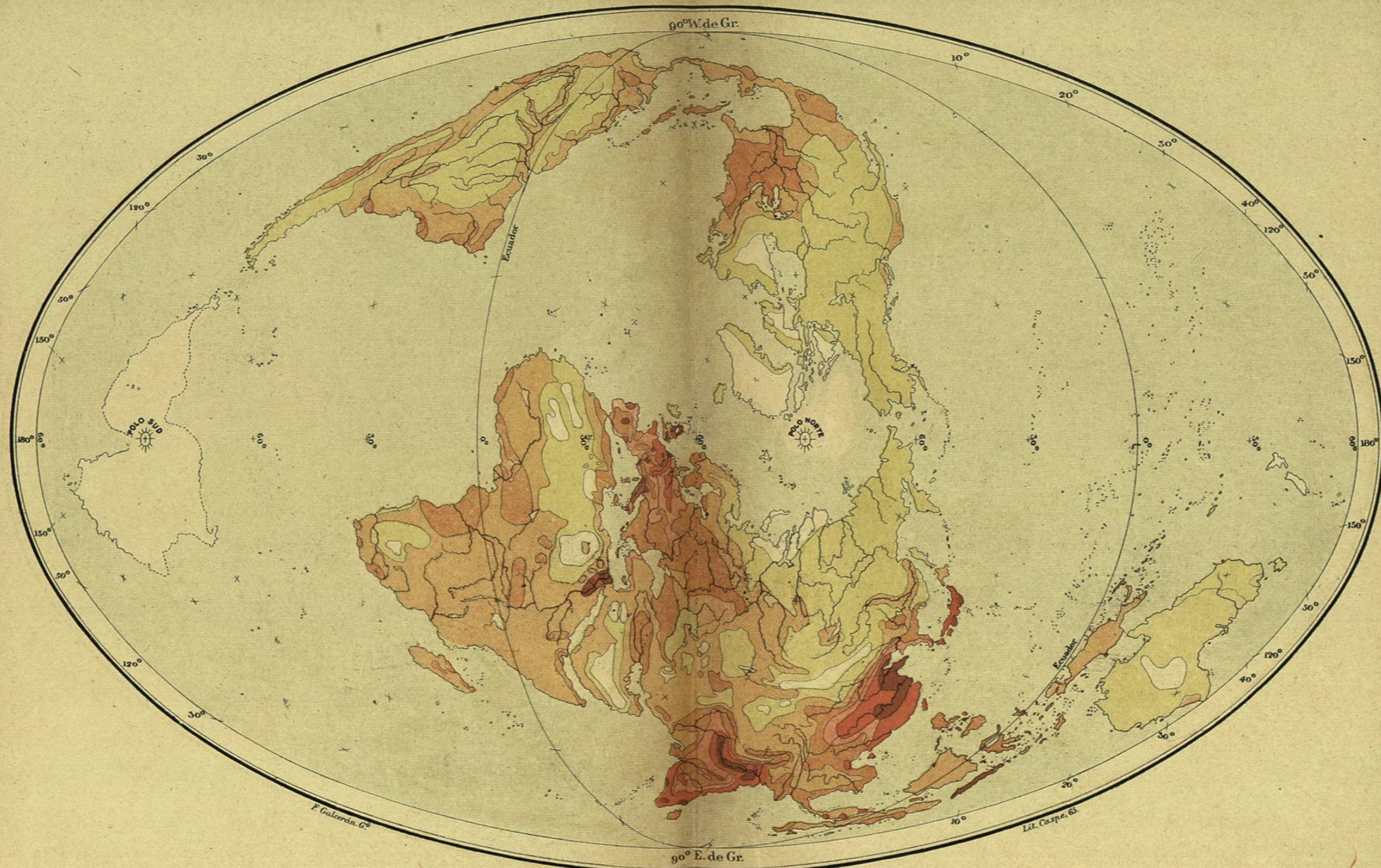
protegerse elevando murallas que contorneaban exactamente el límite de los barrios y elevaban en sus ángulos torres de acecho. En aquella

época, la ciudadela, donde todos los ciudadanos se refugiaban en caso de peligro supremo, lo era el templo, edificado en la cima de la colina guardiana, el monumento consagrado por las estatuas de los dioses. Las ciudades que constituían un organismo doble, como Atenas, Megara y Corinto necesitaban proteger hasta el camino intermedio por largos muros paralelos.

El conjunto de las fortificaciones, explicándose por la naturaleza del suelo, adquiriría con el paisaje un aspecto armonioso y pintoresco. Pero en nuestros días de extrema división del trabajo, en que la fuerza militar ha llegado á ser prácticamente independiente de la nación y en que ningún paisano puede entrometerse á dar opiniones estratégicas, la mayor parte de las ciudades fuertes tienen contornos desagradables, sin la menor armonía con las ondulaciones del suelo y que cortan el país en rasgos que ofenden á la vista. A lo menos los ingenieros italianos del Renacimiento, y después Vauban y sus émulos procuraban dibujar el perfil de sus plazas fortificadas siguiendo una simetría perfecta: algunas de esas obras, que tienen el aspecto de cruz de estrellas con radios y gemas, contrastan regularmente por los muros blancos de sus bastiones y reductos con la tranquila placidez de las campiñas frondosas. Pero nuestras plazas modernas no pretenden parecer bellas; no preocupa la belleza á sus constructores. Basta una mirada sobre el plano de las ciudades fortificadas para ver, en efecto, que son feas, repugnantes y en completa discordancia con su medio. Lejos de enlazarse con los contornos del país, ni de prolongar libremente sus brazos por los campos, la plaza de guerra parece amputada de sus miembros, herida en sus órganos esenciales. Obsérvese la triste forma exterior tomada por ciudades como Estrasburgo, Metz y Lille. Esta última ciudad se ha hallado de tal modo estrechada entre sus murallas, que ha debido resurgir, por decirlo así, fuera de la zona de las servidumbres militares. Roubaix y Tourcoing doblan la aglomeración fortificada y en la actualidad se trata de reagrupar los tres elementos en un total armonioso por medio de amplias avenidas.

A pesar de la belleza de algunos edificios, la gracia de sus paseos y el atractivo de su población, París es también una de las ciudades afeadas por el cerco brutal de sus murallas. Desprendida de

REPARTO DE LA POBLACIÓN DEL GLOBO.



DENSIDAD KILOMÉTRICA



Escala media 1:125 000 000

